



Arte de anochecer

✎ Harry Almela

En alguna línea de *Nombres propios*, Víctor Valera Mora nos regala este verso luminoso e intrigante, que juega con una frase leída seguramente en *El Aleph*: *Pepe Pepe Dionisius Pepe Dionisia. Paolini Pepe atolondrado/ Pepe ganado para siempre soy yo el diablo*. Habla, por supuesto, de nuestro Pepe, del atravesado por las banderas del delirio sosegado, el bienaventurado hijo de la copa de huesos de la Pandilla de Lautremont, en fin, del poeta José María Barroeta Paolini, natural de alguna nube sin bies ni escotes y venido al mundo en Pampanito (Irujillo), seguramente una noche de grandes tormentas celestes y terrestres, el año de Dios de 1942. Navegante a bolina de la modernidad poética venezolana, a medio camino entre la cólera de Baudelaire y la serenidad de William Carlos Williams, su voz y sus ojos inquietos han sabido descifrar el tránsito por esta tierra, entre heredades toscas y alquimias de la hermosura, sin dejarse enamorar por el fondo de los alcoholes ciudadanos, pues ha sido fiel a la tradición de todos sus paisajes.

Sus primeros libros (*Perfiles*, 1959 y *Poemas*, 1966) constituyen actualmente una rareza y en las más recientes compilaciones (*Obra poética. 1971-1996*, Mérida, Rectorado de la Universidad de los Andes, colección «El otro, el mismo»; *Todos han muerto, 1971-2006*, Candaya), tales títulos no aparecen. Es con *Todos han muerto* (Caracas, Monte Ávila Editores, 1971) que se inician los compendios. Allí están dibujadas, para siempre, las texturas y rugosidades de una poesía que ha escogido bien a sus lectores y que subterráneamente y en silencio se ha convertido en una de las voces más auténticas de la poesía venezolana. Nacida bajo la luz de los nostálgicos años sesenta y setenta, la poesía de Barroeta siempre asombra por su luminosidad y lirismo, por su manera de nombrar y fundar el mundo desde la mirada de un niño asceta y entusiasta que contempla las pequeñas consagraciones de la vida en constante movimiento, mientras adviene la devastación de la mudez. Toda su obra está atravesada por la fascinación de quien ha venido al mundo para cantarnos las buenas nuevas, por la certeza de un ángel escapado del Paraíso quien, vestido de paisano, nos cuenta las maravillas del reino mientras anuncia el advenimiento del final:

Algo marchará mal
para que sea así la vida. Algo que no es el resplandor
ni el Cristo.
Un brebaje,
ansioso como el rocío en vuestros campos de sangre,
lleva lo que no siendo música del espíritu, arrástrame
piadoso a la muerte.
Qué bello es el mal de hoy. Cuando la caída de sus pestañas
no regocija.
El viento adulto me festeja entre árboles grandes.
Precisamente hoy que comienzo a vivir
otro fracaso me aguarda.

(“Hoy que comienzo a vivir”, de *Todos han muerto*).

Como buen infractor de la racionalidad (la frase se la debo a Rafael Rattia), Barroeta confiesa, sin rubor, que anda vestido de boscajes en medio de pastos de luna de Málaga. También nos habla de las buenas costumbres de un hombre feliz encaramado a la copa de un árbol:

Cuando el loco Pernía se vino caminando
desde Cabimas hasta el pueblo
-trescientos son los kilómetros que separan
un punto de otro-,
halló las aguas del Motatán crecidas.
Miró un inmenso árbol que arrancado de cuajo
por la tempestad del día
daba sus hojas muertas al paisaje del mundo,
y dijo:
"este árbol es el espíritu vegetal
de la mujer que no he tenido nunca",
y con el goce de quien encuentra no formas
sino sentidos en la cruz,
se lo echó a cuestras y solito lo llevó hasta
el pueblo. Y luego de sembrarlo en la casa
de una de sus hermanas que lo amaba por loco,
se marchó volando con él, entre las hojas.

("Un loco", de *Arte de anochecer*).

Este lirismo sustantivo es lo que más me ha enamorado de su poesía, cuyo magnetismo estriba precisamente en la resistencia de los bordes de la esfera, en ese exacto punto de tensión entre lo perfecto y lo imperfecto, en la frontera entre aquello a lo que aspira la poesía y lo que es la vida, como si asistiéramos a la creación de un espacio con respiraciones propias. Una poesía sustantiva que ha sabido hacer diana en los blancos más constantes de la poesía venezolana: la infancia (como nostalgia), el paisaje (como presencia), el tema amoroso (como celebración) y la muerte (como destino).

Siguiendo los consejos del viejo Rilke, Barroeta ha sabido sobrevivir a su infancia, asunto constante en toda su obra, como si fuese el piso más sólido sobre el cual levanta y vuelve a levantar su edificio. Pero el tono nostálgico que el tema supone no es, en modo alguno, sólo la deificación de un recuerdo. Más bien se coloca en los textos como transfiguración, como excusa de un presente que marca surcos en la cotidianidad pasajera. El reino de la infancia es una constante en la poesía venezolana porque ante la realidad amenazante y huidiza, irregular y movediza, la única tierra firme de la que podemos echar mano para sentirnos en continuidad con algo, es precisamente el tesoro de los primeros años. Así, al hablar de su padre, Barroeta dice:

Bajo su peso no obtendré ninguna dicha. Su demonio arderá
en la noche campestre y la silueta de sus ojos ha de ser borrada
en los inviernos. Sin embargo, cuanto trato de reconocerme,
voy a su encuentro. Abandono la ciudad y me tiendo sobre la tierra
roja
bajo el cielo rojo.

("Testimonio", de *Todos han muerto*).

Acá cabe señalar que Barroeta es uno de los pocos poetas venezolanos a quienes la presencia del padre le aturde o le conmueve. Punto de referencia con el paraíso de la infancia, el padre de costumbres campesinas acecha en un país que no se caracteriza precisamente por sus sanas relaciones con la figura paterna. No es casual, además, que uno de los pocos ensayos sobre el tema del padre en la poesía venezolana, se le deba a Barroeta.

Pero esa continuidad en el tiempo no puede carecer de espacio. Tiempo y espacio se necesitan para conferir cohesión a nuestras trivialidades y desasosiegos. Es en el mundo real, en el espacio, donde ocurren las cosas de todos nuestros tiempos personales, donde practicamos las buenas y las malas costumbres, donde percibimos nuestra precariedad:

Cada día mi sombra renuncia más a mí
cada día mis fábulas forman parte de un mundo
imposible y en ruinas
cada día mis espejismos y mi invencionario
dejan de ser
me abandonan en los límites de una ciudad rodeada
por montañas altas
por calles estrechas
por gentes y por casas frías.
Presiento que ahora no pertenezco a ninguna aventura
sino a la vida.

(“Invencionario”, de *Culpas de juglar*).

En cuanto al tema amoroso, el poeta cumple sus rituales. El sosiego y la celebración, la mala costumbre de la buena compañía erótica, se convierte en su poesía en canto que celebra no sólo el cuerpo, sino básicamente la aventura cotidiana de compartir la iluminación:

No han llegado palabras sino actos
al poema.
¿Cómo hago yo: recojo lenguaje o actos,
los combino?
Qué debo poner en la página:
lo que oí, lo que dijeron todos antes de marchar,
el mal tiempo, el ruido que acompaña.
¿Trataré de ser claro en la página?
Espero que se cope de signos
seré riguroso y oscuro
Ahora sí, amor mío, estoy confundido.
¿Qué debo poner?: palabras, objetos, emociones,
falsas trampas mías con la vida.
¿Qué debo confesar o expiar en esta cruz vacía
que aguanta sangre de la resurrección?
Dímelo tú y estaré contento.
No importa
si tu verbo no sirve en el poema
sirve para el fracaso.

(“Diálogos del poema y la mujer”, de *Culpas de juglar*)

En cuanto al tema de la muerte, Barroeta habla acerca de ella con el fulgor y la pasión de los que vienen de regreso. A todo evento, continúa a su manera el célebre *Ed é subito sera* que leímos una vez en Quasimodo, pero con el destello personal de quien conoce a fondo (en palabra y en su vida) la poesía de César Vallejo. En muchas de sus líneas, Barroeta le rinde homenaje. El título de su primer poemario es la primera frase de “La violencia de las horas” del poeta peruano. Y también está presente en este poema del libro *Culpas de juglar*:

Yo quería escribir pero no pude
tenía la voz cerrada VALLEJO. Me había metido
en una cantina sucia como la madre
nada ni el corazón ni los huesos podían decir.
Me preguntaban y respondía con lágrimas
con cabezas rojas, celestes.
Yo quería dar y jugar y soñar un mano a mano
con la muerte
y me gustaba más la nada que el olvido
Yo no te pregunto cómo será tu muerte de poeta
enterrado entre nosotros.
No puedo y me cierro en los huesos de esa mujer
tan larga
tan extensa y tan vieja en los cielos de uno.
La tierra no ha comenzado todavía, POETA,
tú te pareces a la muerte y a lo que viví.

(“Homenaje a Vallejo”).

Es dable suponer que una poética sostenida sobre las variables de la infancia, el amor, el paisaje y la muerte, sea una de las que mejor ha sabido resumir la pertenencia de la poesía venezolana a una historia y a un imaginario. Quizás por eso, la poesía de José Barroeta siempre está en cualquier cabecera, junto a los otros que siempre nos acompañan. Poesía de estremecimientos fundacionales, escrita en clave cotidiana, ha sabido aunar lo contingente a lo eterno, como le gustaba decir a Baudelaire. Y como el francés, Pepe Barroeta canta y se siente indefenso ante un mundo que nos ha arrebatado la inocencia en esa disputa entre el tiempo que pasa y la entidad que perdura. Entre ardores campesinos y las dolorosas luces de la ciudad, transcurre esta poesía clara y misteriosa, llena de la candidez pecaminosa de algún mundo visto por un niño por la primera vez. De un niño sabio que aprendió a mirar lo que está oculto del otro lado de la orilla, y vino a contárnoslo con todos sus detalles. Porque vista así, a la orilla de este lado le sobran y le faltan misterios. Quien ha vivido o soñado con bosques, luces y demonios, lo sabe.

Postscriptum

Recién cinco meses después de la escritura de este texto, asistimos en la Mérida del río Albarregas y de las cumbres nevadas, al bautizo de lo que viene a ser la primera publicación de la obra de Barroeta en España, gracias a las amorosas manos de la editorial Candaya (colección poesía, número 6), con presentación de Eugenio Montejo y prólogo de Víctor Bravo. Le hace buena compañía un CD con varios poemas, leídos por el propio autor: *Todos han muerto (1971-2006)* recoge la poesía completa de este niño prestado al mundo, que regresó al seno del Padre la mañana del 6 de junio de 2006 (bajo protesta y con llovizna pertinaz, supongo), pocas semanas antes de esa cita en la Ciudad de los Caballeros, anunciada con alegría por él mismo a sus amigos.

Cuando llegué, no quise preguntar por los detalles, sabedor de su ya larga y extenuante contienda con lo que viene a ser precisamente el asunto central de su último libro recogido en este volumen, *Elegías y olvidos*. Pocos en nuestra lengua han sabido cantarle al tema mayor de nuestra vida, con tanta locura, frenesí y respeto, con los ademanes propios de quien ha aprendido a volar cometas bajo un cielo encapotado, sabedor de que al final vendrá la lluvia, y el sabio y delicioso juguete será sólo destrozos.

Ubicar lo eterno en lo cotidiano es difícil y laborioso. Hacer de los terribles acontecimientos ocurridos en diciembre de 1999 en varias poblaciones de las costas venezolanas un punto de encuentro para la poesía es uno de los puntos culminantes de este libro

Eliécer

cuántos de los tuyos murieron
en la vaguada
cuántos arrastrados por las aguas
fueron a dar en cuerpo y alma
contra las rocas del juicio final.
Tú tan entregado a los trabajos y los días
agradecías al cielo el fruto de los cultivos
bebías luego tu brandy
hablabas del frío del café
de las faenas de año.
Trataste de salvar a tu hijo
pero el río y la noche se lo llevaron
lejos.
Buscas vida en el barro
sólo encuentras cuerpos podridos
casas despedazadas
mientras el teniente coronel
ordena el reparto de alimentos fúnebres
y campos de concentración para damnificados.
Tú miras Eliécer el valle de los muertos
esperando que el mundo arranque tus ojos.

(“Juicio final” de *Elegías y olvidos*)

Pocos como Barroeta, en su lirismo llano, han sabido retener, sin conocerlo, el instante preciso del que habla Rilke, donde por fin somos dueños de nosotros mismos. Pocos como él podrán escribir un poema como el que termina el libro:

Pasó el año nuevo
y reventaron los pulmones.
En mi pared bronquial
con arquitectura parcialmente alterada
por neoplasia maligna epitelial
las células se disponen en nidos y cestos
fragmentando el sonoro tejido de la noche.
Soñé contigo.
Nos tendieron desnudos en la mesa de
la Lección de Anatomía.
No pudieron arrancarnos la nubes del cuerpo
la luz del año nuevo parecía un escalpelo
en tu vesícula.
Dormí entre tus cuernos y el día
esperando el roce de las gaviotas.
Tan lejos como estamos del mar
a la hora de los imponderables
vienen siempre un oleaje y un mascarón de proa
para que soltemos las amarras.
Arriba donde el huracán hala
soy tu cadáver
el gran ocio.
Entre tus litorales y el miedo hermafrodita
el epitelio del sexo en alta mar
erecto y en enjambre.

(“Enero – 4 y 30 AM” del libro *Elegías y olvidos*)

La muerte supo esperararlo como sólo lo hace una novia de la infancia. Quizás se tomó un trago con ella en el bar de la esquina de su casa, minutos antes de partir. Allí alzó su copa y brindó por el mundo y por los amigos, por los que quedamos ateridos a las grandes preguntas celestes de las que habla Antonio Cisneros, mientras también nos llegue el resplandor. Todos han muerto, supongo. Todos han muerto, menos Pepe Barroeta.

PARA LEER A JOSÉ BARROETA:

Poesía:

Todos han muerto. Caracas, Monte Ávila Editores, 1971.
Cartas a la extraña. Dirección de Cultura, Universidad de Carabobo, 1972.
Arte de anochecer. Caracas, Monte Ávila Editores, 1975.
Fuerza del día. Caracas, Casa de la Cultura Juan Félix Sánchez y Ateneo de Caracas, 1985.
Antología. Caracas, Fundarte, 1985.
Culpas de juglar. Cumana, Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Suore, 1996.
Obras poéticas, 1971-1996. Mérida, Rectorado de la Universidad de los Andes, colección *El otro, el mismo*, 2001.
Todos han muerto 1971-2006. Barcelona (España), Editorial Cardaja, 2006.

Ensayos:

La hoguera de otra edad. Aproximación a dos grupos literarios: El techo de la palmera y Tabla redonda. Mérida, Ediciones del Consejo de Publicaciones, Universidad de los Andes, 1982.
El padre, imagen y retorno. Caracas, Monte Ávila Editores, 1993.
Lector de travesías (sobre la poesía de Luis Camilo Guevara, Rafael Cordero y Víctor Valere Mora). Mérida, Gobernación del Estado, Dirección de Cultura, Revista Solar, CONAC, 1994.